

tos y mecánicos a poner a prueba su inventiva con adaptaciones mecánicas, tales como un radiador de automóvil adicional, de mayor tamaño que el del avión. Las sorprendentes peripecias que marcaron esos vuelos, la inventiva de los técnicos y el valor de los pilotos, hicieron posible que el país contara desde aquellos primeros años con una verdadera actividad aerotransportadora. Los vuelos de itinerario de Scadta entre Barranquilla y Girardot se iniciaron oficialmente el 21 de septiembre de 1921.



En el capítulo titulado "Los precursores", el libro expone con detalle el papel que habrían de desempeñar los primeros pilotos colombianos, tanto en nuestra aviación civil como en la militar. Méndez Rey decide repetir la hazaña de Lindbergh de cruzar el Atlántico en un vuelo Nueva York-Bogotá. En el capítulo titulado "El sueño de Von Bauer y Hammer y la intromisión de Pan American", el autor hace un recuento muy completo del papel que habría de desempeñar el empresario austríaco Peter Paul von Bauer en el desarrollo de la naciente Scadta, a la que llevaría hacia 1930 a su mayor crecimiento, afianzada ya como una empresa sólida que extendía sus rutas a otros países. Cuando la poderosa Pan American logró imponer sus condiciones, Von Bauer había abierto ya agencias de Scadta en varios países: Alemania,

Francia y en los mismos Estados Unidos. Con la visión que lo caracterizó siempre, inició su plan de hacer de esta empresa colombiana una de las más sólidas en el mundo de entonces. Von Bauer se rodeó de los mejores hombres: Hammer, Behr, el científico Herman Kuehl, integrante de la sección científica de Scadta y el piloto Schülz. El recuento ofrecido por Arias de Greiff sobre el proceso de formación de nuestras primeras empresas aéreas, sobre los hombres que participaron en él, la información sobre las incidencias que acompañaron el surgimiento de algunas empresas norteamericanas y las fusiones entre algunas de ellas, es la más completa que pudiera esperarse. Los capítulos que integran el resto del libro van conduciendo al lector a través de una historia poco conocida, como es la de la navegación aérea en Colombia y en el mundo en general. El libro presenta un logrado equilibrio entre la parte anecdótica, interesante y significativa, y el contenido propiamente histórico sobre la navegación aérea como empresa comercial.

ELKIN GÓMEZ

El ojo ajeno

Parecidos y diferencias entre Colombia y la Argentina

En Bogotá abundan los mendigos. En Buenos Aires también. En Bogotá hay muchos que además son locos, o lo parecen, por su discurso incoherente, sus repeticiones, además del atuendo y el gesto. En Buenos Aires también hay bastantes de éstos.

Otra cosa es cuando el pedido tiene un matiz, más o menos notorio, de amenaza. Y siempre lo tiene, tanto en Bogotá como en Buenos Aires —lo tiene hasta cuando el pedido es sumiso y cortés; quizás entonces es cuando más se siente la amenaza. De

hecho, la amenaza es la premisa de todo el asunto. Los indigentes deberían robarnos y matarnos, si tuvieran la dignidad y el arrojo necesarios.

Esta mañana, en una esquina de La Candelaria, una mendiga me abordó ofreciéndome en venta algo que tenía entre las dos manos, un animal. Me detuve a mirar creyendo que era un perrito, pero era un pájaro, un pájaro chico, como un gorrión, en mal estado, con las plumas despeinadas. Tenía el color de los gorriones pero con el pico demasiado largo.



—Mire qué bonito.

Negué con un balbuceo y algo de asco. Ella insistió:

—Déme una moneda y se lo doy.

Entonces, ya repuesto de la sorpresa, respondí en forma más articulada:

—No, muchas gracias; no tendría dónde meterlo.

Entre paréntesis, después se me ocurrió que podría haberlo adquirido para soltarlo. En el momento, tuve como un relámpago de pensamientos agolpados con imágenes del hotel, el aeropuerto, el avión, conmigo ocultando el pájaro, etc., como una pesadilla instantánea).

Seguí mi camino, pero la mujer se puso a mi lado:

—Le agradezco que por lo menos me haya respondido con amabilidad. Otros se dan vuelta sin decir nada, o dicen "¡Fuera, loca!" Yo también soy un ser humano, sólo que he tenido la desgracia de vivir toda la vida en la calle.

Era una mujer joven, bastante linda, y no demasiado mal vestida, aunque era evidente que era habi-

tante de la calle y que estaba un poco desequilibrada. La dentadura, bastante bien, aunque le faltaban algunas piezas.

—Y además, siguió, sufrí dos operaciones, fíjese. —Empezó a buscar la cintura del pantalón. A esa altura, yo había echado mano al bolsillito del *jean* donde llevo las monedas, pero ese bolsillo es tan estrecho que tengo que meter un solo dedo, empujar las monedas a un costado y sacarlas a presión, lo que me lleva bastante tiempo. Ella ya se había bajado el pantalón y me estaba mostrando una larga cicatriz negra en línea recta que iba desde el ombligo hasta el sexo —de este último tuve un involuntario atisbo.



Puse cara de “qué feo, qué desagradable”, pero ella no se lo tomó a mal, seguramente porque lo interpretó en el sentido que yo había querido darle: qué feo que le pasen esas cosas a la gente.

Qué rara es la mente; lo que me puse a pensar en ese momento era el colmo de la frivolidad, a saber cómo podía ser que le hubieran hecho dos operaciones, y sólo tuviera una cicatriz. O bien habían sido las dos en el mismo lugar, o bien una fue abajo o arriba de la otra, y simplemente hubo que extender el corte. En fin, la enfermedad es un argumento bastante corriente en esta clase de transacciones. Unos minutos antes, al entrar a la catedral, un mendigo con la mano extendida me dijo: “No pido dinero. Tengo hambre. Estuve en terapia”. Y me lo repitió textualmente cuando salí.

Mientras tanto, le había dado todas las monedas que tenía a la mujer, que para tomarlas volvió a su-

birse el pantalón. No me fijé qué había hecho con el pájaro, que al principio sostenía en el hueco entre las dos manos; probablemente lo seguía teniendo en la izquierda. Me agradeció diciendo:

—Que Dios te bendiga, a ti y a todos tus canas.

Esta última palabra, no sé si la oí bien. “Canas” en el lunfardo de Buenos Aires son los policías, pero no podía referirse a eso; y en sentido literal son las canas del cabello, de las que tengo abundancia, pero en ese sentido la palabra es femenina. Decidí que se refería a mis hijos. Aunque quizás no fuera así porque repitió, amplificando:

—Que Dios te bendiga y te proteja a ti y a toda tu familia... y a todos tus canas.

Seguíamos caminando, por la vereda estrecha, entre una muchedumbre de estudiantes. Yo, con ese reflejo pequeñoburgués típico de mí y de todos los que son como yo, quería despedirme y seguir solo.

—Muchas gracias, le agradezco sinceramente el deseo.

—¡Pero tú no eres de aquí! —exclamó ella al oírme, con un estallido de alegría.

—No, no soy de aquí.

—Yo conocía a un hombre que no era de aquí, era inglés, vivía justamente aquí a la vuelta. Yo lo quería muchísimo. Todos los días le llevaba flores, no rosas, flores como ésas —y señaló las flores que llevaba en la mano un joven corpulento que en ese preciso instante nos cruzaba en dirección contraria, y que nos echó una mirada inquisitiva—. Yo lo quería mucho porque él fue mi profesor.

“¿De qué?” habría querido preguntarle, pero no lo hice por más razones de las que podría enumerar. Ella seguía:

—Se las llevaba no por la plata, sino por cariño.

—¿Ah sí?

Esto último lo dije de un modo que es muy peculiar en mí. Tengo el don de hacerle creer a mi interlocutor que me interesa sobremanera lo que me está diciendo, aunque no me interese en lo más mínimo. Es un

don del que me siento orgulloso, sobre todo porque surte efecto aun cuando lo que me estén diciendo sí me interese.

—¿Y de dónde eres tú? ¿También eres inglés?

—No. Soy argentino.

—¡Argentino! —exclamó con otra explosión de alegría. Yo había venido mirándola y había descubierto que era una mujer de verdad hermosa, de no más de treinta años. —Yo tengo un amigo argentino, que es escritor...



Mi curiosidad se despertó de un salto portentoso. De pronto tuve la seguridad de que yo a ese escritor lo conocía, si no personalmente, de nombre. Tenía que preguntarle. Si la dejaba hablar sola, iba a decir todo menos el nombre. Eso es algo que pasa por igual entre locos y cuerdos: nunca dicen lo que realmente nos interesa.

Cuando iba a hacerlo, y ya tenía la pregunta en los labios, sucedió algo. Habíamos llegado a la otra esquina, y en el suelo, justo frente a nosotros, había el charco de sangre más grande que yo haya visto en mi vida. Más que un charco era un montón de sangre coagulada, brillante y roja. La loca me advirtió de su presencia, gracias a lo cual no lo pisé. Dijo:

—Aquí mataron a uno.

Tomamos uno por cada lado del charco, yo por la izquierda, ella por la derecha, abriéndonos paso entre la gente. Oí que ella le decía a alguien que miraba:

—Aquí mataron a ese viejo anoche.

Al tomar por la izquierda, bajé a la calle y la crucé. Ella en cambio había doblado, sin cruzar, y ya se alejaba, con el perro. Porque me había olvidado de decir que la acompañaba un perro negro, ni chico ni grande, de mirada muy expresiva como suelen tener los perros de la calle, y todo el tiempo había ido medio cuerpo adelantado a nosotros y volviendo la cabeza, como si siguiera la conversación.

Ahora fui yo el que me volví a mirarla, y ella también, y me saludó agitando una mano, con una gran sonrisa.

—¡Que Dios te bendiga, a ti y a todos tus canas...!

CÉSAR AIRA
30 de abril de 2002

De la B L A A

Nueva adquisición de incunables colombianos y fuentes históricas de la Colonia

La Biblioteca Luis Ángel Arango adquirió recientemente un grupo de 75 libros publicados durante el siglo XVIII y los comienzos del siglo XIX y 16 manuscritos coloniales, que formaban parte de la colección particular de Álvaro Garzón, bibliófilo dedicado a reconstruir la historia del libro en Colombia, afición que lo condujo a ir comprando estos documentos para complementar sus investigaciones.

Toda esta adquisición se caracteriza por tener algún rasgo colombiano, bien sea el autor, el tema o la imprenta de origen; son fuentes importantes para el análisis histórico de la Colonia. De acuerdo con las características de la época, predominan los escritos religiosos: los libros de oraciones —novenas, octavarios, oncenarios, etc.—; los

métodos diseñados para orientar ejercicios espirituales como algunos ritos en días especiales; y los sermones. Estos últimos son documentos de gran interés porque además de reflejar la idiosincrasia y costumbres religiosas del momento, aportan datos referentes a acontecimientos públicos que eran festejados con una misa y un sermón alusivo al asunto, desde la condena de algún delincuente hasta el recibimiento de algún personaje.



Entre los sermones se encuentra uno celebrado el 24 de febrero de 1805, en la catedral de Bogotá, en acción de gracias por la llegada de la primera vacuna a la ciudad. También se incluyen varios sermones y documentos en homenaje a la liberación de España del yugo de los ejércitos napoleónicos, en 1808. En esos documentos se refleja un gran sentimiento de apoyo y de lealtad a las instituciones monárquicas y al rey Fernando VII por parte de sectores de la población en Santafé de Bogotá, en general españoles, algunos criollos influyentes y sus vasallos; sentimiento opuesto a los ideales republicanos y democráticos que se fueron gestado desde finales del siglo XVIII hasta constituir los cimientos de la independencia.

Otros libros curiosos son: el poema titulado *El placer público de Santafé* para festejar la llegada del virrey Antonio Amar y Borbón en 1804; un manual de gramática de 1784 titulado *el Arte de construcción*; el *diario crítico-náutico* del viaje realizado por el fraile Francisco de Soto y Marne desde Cádiz a Cartagena de Indias, publicado en

1753; y el *Kalendario manual y guía de forasteros en Santafé* de 1806. Entre los manuscritos se destacan varias cédulas reales; algunos libros de cuentas de las salinas de Zipaquirá y de la Factoría de Tabacos de Pie de Cuesta; y las Actas del Cabildo de Pamplona. Todos ellos son sin duda valiosas joyas documentales de la Colonia.

MARTHA JEANET SIERRA

Los siguientes son los títulos contenidos en esta nueva adquisición, para quienes estén interesados en conocerlos con más detalle:

Actas del cabildo de la ciudad de Pamplona en el Nuevo Reino de Granada, manuscritos, 1560?-1574?, MSS1745

Antonio de San José, *Novena de la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de la Popa, situada en el Convento de Agustinos, extramuros de Cartagena de Indias*, Cartagena de Indias, Convento de Agustinos, 1793, 23 págs., 248.143 A57n



Arellano, Félix de, *Modo de practicar la devoción de los trece viernes, instituida por nuestro glorioso patriarca San Francisco de Paula, con las indulgencias que se ganan por hacer tan Santa Devoción* / traducida del idioma italiano por el P. Fr. Miguel de Morales, Santafé de Bogotá, D. Antonio Espinosa de los Monteros, 1781, 117 págs., 291.43 M63